

CAPÍTULO DÉCIMO QUINTO:

PIRATAS DEL ESPACIO

La pequeña nave biplaza se empezó a elevar, con Seiza a los mandos. Manendra les miró, impotente. Él no podía manejar los puestos de artillería del asteroide, y había ordenado retirarse a los humanos sonrientes que sí podían. Hizo cálculos mentales, según la velocidad máxima que puede alcanzar un humano corriendo, y comprendió que sus artilleros nunca llegarían a tiempo de impedir el despegue. Les llamó, de todos modos, por si se daba el improbable caso de que Seiza y Hoox atacasen Stige con el caza.

No tenían intención. Lo único que ambos querían en ese momento era abandonar ese asteroide de pesadillas y volver a lo que ellos estaban acostumbrados a llamar hogar. El caza despegó y avanzó por aquellos túneles internos que parecían lo bastante grandes para que cupiese.

Desgraciadamente, ni Seiza ni Hoox conocían el camino para salir del complejo 1.

Los túneles eran bastante laberínticos, y Seiza se fijó en que el túnel que había escogido terminaba abruptamente sin ofrecer ninguna salida.

-¡Hoox! -dijo Seiza-. ¡Estamos atrapados!

El puesto de artillero de Hoox estaba justo debajo del puesto de piloto, permitiéndole girar en casi cualquier dirección. Hoox había estado apuntando hacia popa, pensando que tal vez Manendra les lanzaría alguna cosa. Rápidamente giró ciento ochenta grados para mirar al otro lado y vio la pared.

-¿Puedes conectar los escudos? -preguntó Hoox.

Seiza se fijó en los mandos que había a su alcance, y localizó el de los escudos.

-Sí -respondió, moviendo la mano hacia el interruptor. No entendía el plan de Hoox; con escudos o sin ellos, se iban a estrellar.

-¡Todavía no! -gritó Hoox.

Entonces, Hoox abrió fuego contra el final del túnel. Los rayos láser del caza destrozaron el camino cortado, convirtiéndolo en gravilla que se extendía rápidamente en todas direcciones. Parte del disparo de bláster fue deflectado, chispas mortíferas que se dirigían hacia el caza. El escudo logró detener el disparo, y las piedrecitas no lograron perforar el casco.

Ahora, el caza podía seguir avanzando por entre los laberínticos túneles.

-Es difícil avanzar -dijo Seiza-. No tengo ni idea de por dónde ir.

-Confía en tu instinto -le dijo Hoox.

Seiza se relajó, y siguió moviéndose por entre los túneles, avanzando por donde el azar la llevase. No encontró la salida inmediatamente, pero de algún modo, se sentía cada vez más cerca.

Hoox no tenía ni idea de cómo salir, y pensaba que, si su consejo funcionaba, sería de casualidad. Mantuvo el dedo preparado sobre el disparador del láser y, mientras tanto, examinó las pocas lecturas que había a su alcance.

Entre ellas, había un informe bastante desalentador sobre el número de cargas que le quedaban al turboláser.

Hoox levantó la vista y pudo observar que Seiza había encontrado una salida. Al final de un túnel, había un pequeño y estrecho agujero a través del cual se podía ver el cinturón de asteroides, y el espacio tras éste.

El caso es que el agujero era tal vez demasiado estrecho.

-Hoox -dijo Seiza-, vuela un poco esas paredes para que podamos salir.

-No puedo -mintió Hoox-. El disparador se ha atascado.

-Maldito seas, Hoox, arréglalo -Seiza empezó a ponerse nerviosa al ver cómo el caza se acercaba, lenta pero inexorablemente, al agujero y a sus bordes de estalactitas y estalagmitas.

-Puedes hacerlo, Seiza -dijo Hoox, sintiendo su miedo-. Confía en ti misma.

Seiza hizo una mueca, desvió la mirada un momento, y después se concentró en el agujero.

-Muy pequeño, es muy pequeño -dijo Seiza-. Pero cruzarlo no es imposible. Sólo es imposible si yo creo que lo es.

El caza giró sobre sí mismo hacia babor, poniéndose en diagonal para ir a través de dos inmensas columnas. Seiza nunca había pilotado antes ese caza, y sólo podía hacer una hipótesis sobre el tamaño, pero si hubiese contado con sólo un disparo para cargarse una de las columnas, el caza habría podido cruzar con toda tranquilidad.

Las columnas se hacían cada vez más grandes, pero también se separaban cada vez más. Seiza estaba bastante segura de que podría cruzarlas, y sólo para asegurarse, giró el caza hacia babor unos cuantos grados más.

-¡No! -gritó Seiza, echándose a llorar mientras dirigía la nave hacia atrás, hacia la seguridad del túnel-. No puedo hacerlo. Lo siento...

-Sí, estaría bien que hiciese eso, ¿verdad? -dijo Seiza, descartando de su mente ese pensamiento, esa opción. De cualquier modo, las columnas estaban demasiado cerca; dar la vuelta ahora sería más peligroso que seguir hacia adelante.

Así que siguió hacia adelante. Recordó la forma del caza, y pensó en el tamaño aproximado que debían tener las

columnas. Introdujo el morro entre las columnas y miró hacia los lados en una fracción de segundo.

-¡Oh, rayos! -pensó. Si intentaba cruzar con ese factor de inclinación, la nave chocaría contra las columnas en la zona central, donde era más ancha. Inclínó un poco más el caza antes de que la zona central llegase a las columnas, y logró atravesarlas.

Miró hacia popa y vio que Stige había quedado atrás. Lo había logrado. Suspiró aliviada. "Lo hice", pensó. "Y ahora, dejadme en paz un rato; ya he tenido bastantes emociones fuertes por un día".

-Bien hecho, Seiza -dijo Hoox.

Ella estuvo a punto de abroncarle por dirigirle la palabra pero, considerando que había sido un cumplido, lo aceptó.

-Gracias -respondió-. Por cierto, ¿funcionaban los turboláser?

-Ahora sí -dijo Hoox, como si los hubiese arreglado mientras ella cruzaba-. Pero no estamos como para meternos en un combate.

-Tal vez necesitemos cargarnos unos cuantos asteroides antes de salir -dijo Seiza-. ¿Eres lo bastante buen artillero para no darle a los cristalinos?

Hoox sonrió al oír como Seiza le picaba de un modo parecido a como él la había picado a ella.

-¿Qué, Hoox, estás listo? -dijo Seiza, sonriendo; después de las columnas, atravesar el cinturón de asteroides era un paseo.

-Adelante -dijo él.

El caza empezó a avanzar entre los asteroides. Antes de que Manendra pudiese activar rayos tractores, estaban ya fuera de la órbita de Stige.

El caza avanzó tranquilamente a través de los asteroides. Para poder salir, Seiza tenía que dar un rodeo; era demasiado difícil dirigirse en línea recta hacia el borde.

Llegado el momento, Seiza estaba tan familiarizada con el viaje, que pudo iniciar una conversación.

-¿Hoox? -dijo ella.

-¿Hm? -preguntó él, desde su puesto de artillero y sin poder ver el rostro de Seiza.

-Sé lo que sucedió en Swarquén -disparó ella.

Hoox no pudo responder a eso. Había sido un golpe demasiado fuerte. Estaba aturdido.

Él también sabía que lo había sucedido en Swarquén. Un millón de nativos habían muerto. Asesinados. Y Hoox era el único culpable. Hombres y mujeres, niños y ancianos, Hoox no había dejado a nadie con vida... excepto al líder de sus enemigos, cuya muerte le había negado. Había sido un acto cruel, un millón de actos crueles, uno detrás del otro.

El Imperio le había ascendido a almirante por ello.

Hoox nunca comprendió cómo había sido capaz. Esto es, Hoox

se consideraba claramente capaz de matar a un millón de personas en dos semanas; él era un excelente guerrero. Lo que nunca pudo entender fue cómo había sido tan sádico para matar a todos esos inocentes.

Después de la muerte del emperador en Endor, Hoox había mantenido en secreto ese dato. ¿Cómo podía saberlo Seiza?

¿Y cómo se lo podría explicar él?

Seiza intuía en el interior del caza el sufrimiento que Hoox trataba de ahogar y, después de unos segundos, ella habló.

-No fuiste tú -dijo.

-¿Qué? -preguntó Hoox.

-No eres el culpable de esas muertes, Hoox -dijo Seiza.

-Tú no estabas allí -dijo Hoox-. Todas esas alienígenas, todas esas personas...

-Manendra te estaba controlando -interrumpió Seiza.

Hoox volvió a guardar silencio.

-Envió a uno de sus kreogans a Swarquén -dijo Seiza-. Al parecer, los swarquinos podían representar una amenaza para él. Controló tu mente, y tú...

-Yo le seguí el juego -dijo Hoox.

-No -protestó Seiza.

-En cierto modo -dijo Hoox-, yo deseaba hacerles eso. Habían desafiado mi autoridad.

-Por eso no pudiste detectarlo -dijo Seiza-. Creías que era idea tuya. Sólo cuando sabes que te está atacando, puedes combatirlo.

-No es cierto, Seiza -rebatía Hoox-. Es... No es algo de lo que yo me pueda sentir orgulloso, pero...

-¿Quieres escucharme de una vez? -insistió Seiza-. Estoy totalmente segura de lo que digo. ¡Lo encontré en la mente de Manendra!

Hoox se detuvo un momento para pensar.

-¿Y si fuese un truco? -preguntó-. Una fantasía, en vez de un recuerdo.

-No lo entiendes -dijo Seiza-. Cuando ya había escapado de la mente de Manendra, él volvió a intentar dominarme. Pero yo sabía cómo escabullirme, y aproveché para sacarle un recuerdo. En su mente parecía una esfera flotando.

-Oh, rayos... -dijo Hoox-. Oh, rayos...

De pronto, el caza empezó a dar tumbos.

-¿Pero qué...? -preguntó Seiza, y miró hacia el exterior-. ¡Hoox, tenemos compañía!

-Oh, r... ¿Qué? -Hoox interrumpió su cadena de pensamientos y miró quién estaba ante el caza.

Un carguero ligero en mal estado, modificado para incluir más armas. Tenía mal aspecto, y estaba pintado para ofrecer un rostro temible a sus enemigos. La pintura también era penosa.

Los turboláseres del carguero empezaron a disparar. Ahora, Seiza debía esquivar no sólo los asteroides, sino también

los disparos.

-¿Qué hacemos ahora? -preguntó Hoox-. No tenemos suficiente energía en los turboláseres para un combate contra él.

-¿Le conoces? -preguntó Seiza.

-La nave es el "Azote de las Estrellas" -expuso Hoox-. Gunjin, su capitán, es un pirata y el octavo nombre en la lista de los más buscados del sector.

-¿Opciones? -dijo Seiza mientras seguía esquivando.

-Los asteroides cristalinos -dijo Hoox-. Si tuviese tiempo de apuntar a uno, podría hacer que el rayo rebotase varias veces en varios asteroides cristalinos, y destruir el "Azote".

-¿Puedes hacerlo? -el caza hizo un giro acercándose peligrosamente a uno de los asteroides.

-Lo dudo -dijo Hoox-. Coge el comunicador, vamos a rendirnos.

-¿Ah, sí?

El capitán Gunjin, rodeado por sus tripulantes, se alzaba imponente en la silla de mando del "Azote de las Estrellas". Sus tres artilleros disparaban repetidas veces contra el pequeño caza. Un montón de fragmentos de asteroide saltaban donde los disparos impactaban, pero el caza seguía escabulléndose.

-¡Más, más! -repetía ansioso Gunjin.

-Capitán -dijo un alienígena con aspecto de crustáceo-, recibimos un mensaje del caza. Se rinde.

-¡No! ¡Destruídlo! -protestó el ansioso capitán.

Uno de los artilleros dejó de disparar y miró a Gunjin.

-Creí que me había enrolado en una tripulación de piratas -dijo el artillero-. Yo quería hacer dinero fácil.

-Sí -dijo otro artillero, dejando de disparar también.

-Bueno, bueno, bueno -dijo Gunjin-. De acuerdo, si se rinden, nos quedaremos su caza, sus propiedades y todo eso. De un salto, Gunjin se bajó de su silla de capitán.

-Acepto su rendición incondicional -dijo Gunjin- a cambio de perdonar sus vidas por ahora. Que se preparen para subir a bordo del "Azote de las Estrellas". Luchorpe, tome el mando.

Gunjin se alejó del puente caminando.

El "Azote" extendió un tubo estrecho hasta la portezuela del caza, de modo que los ocupantes del caza no estuvieran expuestos al vacío del espacio. Hoox se ofreció a pasar antes que Seiza, por si los piratas le disparaban en cuanto hubiese entrado, y Seiza aceptó.

Hoox se deslizó por el tubo como si fuese un pequeño tobogán, y aterrizó ante un grupo de una docena piratas, que le apuntaban con armas bláster variadas. Seiza se lanzó después y cayó al lado de Hoox.

-¡Él! -dijo Seiza al ver al pirata enano que, con aires de grandeza, observaba a sus prisioneros desde delante de los demás piratas. Al ser tan bajito, los otros piratas podían apuntar a Seiza y a Hoox por encima de la cabeza de Gunjin-. ¿Él es Gunjin?

-Creí que no le conocías -dijo Hoox.

-No... sabía su nombre -dijo Seiza.

-¿Nos conocemos? -dijo el enano.

-Una amiga me habló de ti -mintió Seiza; Hoox supo en seguida que era falso, pero Gunjin no se dio cuenta.

-Pero a ti sí te conozco -dijo Gunjin, paseando hasta ponerse delante de Hoox mientras unos piratas esposaban las manos de los prisioneros tras sus espaldas con grilletes magnéticos-. Tú eres el almirante Hoox. El gran hombre del sector. Qué golpe de suerte, ¿eh?

Hoox miró a Gunjin con odio, pero no dijo nada.

-Me pregunto cuánto pagarían en la Nueva República para encarcelarte -dijo Gunjin-. Claro que, tal vez, los hutts paguen más por tu cabeza en una bandeja.

-De acuerdo, pero a ella dejadla en paz -dijo Hoox-. No es importante, no es nadie. No sacaréis dinero por ella.

-Oh, puede que sí -dijo Gunjin, caminando hasta ponerse ante Seiza-. Créeme, los hutts tienen mercado para una jovencita atractiva.

Hoox intentó zafarse de sus esposas magnéticas y saltar sobre Gunjin, pero dos piratas le agarraron por los hombros. Cuando Hoox siguió revolviéndose, uno de los piratas le golpeó con una barra aturdidora, y el imperial cayó de rodillas.

-Más te vale tranquilizarte, Hoox -dijo Gunjin-. Podrías hacerte daño. O, peor aún, podrías obligarme a mí a hacerle daño a ella.

Hoox levantó su cabeza y miró a Gunjin enseñándole los dientes. Cada vez que el pirata abría la boca, escalaba puestos en la lista de los más buscados.

-Hoox, Hoox, Hoox -dijo Gunjin, acercándose a él; como Hoox estaba de rodillas, Gunjin podía mirarle a los ojos-. Estás poniéndote las cosas muy difíciles. Si no eres un poco más agradable, acabarás haciendo que nos inclinemos por la oferta hutt. A menos, claro está, que tu Imperio pueda proporcionarme una amnistía -Gunjin miró hacia arriba y hacia atrás un momento-. A mí y a mis hombres.

-Llama a los hutts -dijo Hoox. Estaba insultándole, faltándole al respeto. Le habían obligado a arrodillarse ante Gunjin, pero jamás capitularía ante él.

Gunjin se sentía satisfecho; lo contrario le habría decepcionado. Si la situación hubiese sido la inversa, Gunjin habría empezado a suplicar y gimotear en cuanto hubiese estado en presencia de su captor. Pero Hoox era un hombre digno, y eso le gustaba a Gunjin: Cuanto mejor fuese Hoox, más gloria tendría Gunjin por haberle vencido.

-Encerradles -ordenó Gunjin-. Por separado. Quitadles todo lo que puedan usar como arma, y metedles en cajas. Y después, preparad un baño o algo así. Tendremos que limpiar a esta chica si queremos sacar buen precio por ella.

Un delgado androide modelo 5D6 se dirigió a preparar el baño; mientras tanto, la mayoría de los piratas empujaban a Seiza y a Hoox por un pasillo del carguero. Gunjin volvió de nuevo al puente con la tripulación mínima necesaria para la nave; el piloto automático no evitaría los asteroides indefinidamente.

Los piratas se llevaron a Seiza y a Hoox a un cuarto de máquinas donde se encontraban los motores de la nave, llenos de escapes, y un montón de pequeñas cajas de un metro cúbico, cada una de ellas con agujeros para respirar: No era la primera vez que Gunjin se dedicaba a vender personas.

Uno de los piratas, una criatura sin labios y con una boca llena de colmillos, cogió un aparato para buscar armas ocultas y lo activó. Como sospechaban que Hoox era más peligroso, empezaron a buscar armas en su cuerpo.

Hoox golpeó el suelo con su bota tres veces, como impacientándose. El pirata le miró con desprecio y Hoox se detuvo. Pero, cuando el pirata volvió a mirar el sensor de armas, Hoox golpeó de nuevo el suelo.

El pirata miró directamente a Hoox a los ojos para ordenarle que no volviera a hacer eso; dos de los cinco piratas restantes también miraron a Hoox, mientras los otros tres vigilaban a Seiza.

Hubo un destello de luz.

Era un destello de luz tan brillante que los piratas quedaron momentáneamente cegados. Era un truco que Hoox conocía y que Seiza ya había utilizado cuando se enfrentó por primera vez a Darth Ksar.

Aprovechando que los piratas estaban desprevenidos y cegados, Hoox y Seiza empezaron a atacarles a patadas; Seiza repartió las patadas iniciales entre sus tres piratas, mientras que Hoox golpeó cuatro veces en rápida sucesión al pirata sin labios antes de dirigirse a otro.

El pirata de los colmillos cayó al suelo, inconsciente, destrozando el sensor de armas en el proceso. Mientras tanto, y aprovechando que ninguno de sus piratas estaba en condiciones de atacarla por el momento, Seiza dio un salto, subió las rodillas y pasó sus manos esposadas por debajo de sus pies. Hoox no era tan flexible y no podía hacer algo así, pero se giró mirando hacia atrás y golpeó en la cara a uno de los piratas con las esposas.

Lamentablemente, el último pirata era un advosze, y sus ojos eran más difíciles de cegar que los de la mayoría de las especies. El advosze disparó con su pistola bláster contra Seiza y falló por poco, golpeando levemente uno de

los motores.

-¡Hey, ésa ha estado cerca! -dijo Seiza.

Sin decir una palabra, Hoox miró fijamente al advozse, y éste retrocedió, agarrándose la garganta como si estuviera siendo estrangulado. Otro de los piratas, cegado, pasó entre Hoox y el advozse mientras buscaba a los enemigos con sus manos por delante. El advozse cayó al suelo, inconsciente pero vivo.

Seiza golpeó a uno de los piratas en la cabeza con sus esposas; ahora que tenía las manos delante, era mucho más fácil combatir. Por el contrario, Hoox tenía más dificultades y embistió a uno de los piratas. No le causó daños de gravedad, pero avanzaba.

Hoox y Seiza sabían que el destello no les serviría durante mucho más tiempo, y aún quedaban la mitad de los piratas en pie.

Como si hubiesen oído sus pensamientos, los piratas reaccionaron. Ya estaban lo bastante recuperados para ver el movimiento, y en un combate, eso suele ser suficiente. Dos de los piratas dispararon contra Seiza y Hoox, y estuvieron bastante cerca de acertar. El tercer pirata se escapó por la puerta.

Seiza y Hoox se acercaron a los dos piratas y, cuando estuvieron cerca, les sorprendieron cambiando de pareja; cada uno de los piratas recibió un ataque de un enemigo inesperado. Ambos cayeron al suelo.

En el puente de mando, Gunjin estaba sentado, relajado, mientras los otros piratas llevaban la nave. No necesitaban más órdenes; sólo tenían que quedarse en el cinturón de asteroides.

Gunjin se preguntaba si sus nuevos hombres darían la talla. No los conocía de nada; los tuvo que contratar en una cantina después de que sus fuerzas quedasen mermadas por culpa de la bruja de la niebla y su amigo de ojos verdes...

Ojos verdes.

La cadena de pensamientos de Gunjin había alcanzado un punto importante.

Pero entonces, uno de los nuevos piratas entró por la puerta, jadeando.

-¡Capitán! -dijo el pirata-. ¡Los prisioneros están escapando!

Gunjin se giró rápidamente en su silla mientras sacaba su bláster y, cuando estuvo frente a la puerta, disparó contra el pirata, pero falló.

-¡Deténganlos, maldita sea! -rugió Gunjin-. La chica es peligrosa, ¿verdad?

-Sí, capitán -dijo el pirata de la puerta, que aún estaba mirando el agujero que el bláster había hecho en la pared.

-Más peligrosa de lo que usted cree -gritó Gunjin-. ¡Es la

que casi me deja sin tripulación! Luchorpe, usted es el piloto, quédese en el puente. ¡Todos los demás, a por ellos! ¡Hasta el droide!

Mientras todos los piratas corrían hacia la puerta, Gunjin cogió el comunicador interno de la nave y presionó un botón para hablar con un camarote específico.

-¡Taigun! -gritó-. ¿Para qué te pago?

El comunicador no respondió inmediatamente, sino que esperó antes unos segundos.

-Huuuuuuu.... -dijo una voz-. Para pegarle a la gente hasta matarla.

Gunjin suspiró; Taigun no era capaz de comprender lo que era una pregunta retórica.

-Ve a la sala de máquinas y trabaja -ordenó Gunjin por el comunicador.

Las esposas de Seiza se abrieron; Hoox había estado operando en la cerradura con un pequeño palo que sostenía con los dientes.

-Al fin -dijo Seiza, frotándose la muñeca izquierda con la mano derecha-. Gracias. ¿Quieres que te suelte?

-No creo que haya tiempo -dijo Hoox-. Haz lo que habíamos dicho.

Seiza se acercó a la terminal de ordenador que había en la sala de máquinas, y empezó a teclear. Mientras tanto, Hoox se concentraba en sus esposas. Usando la Fuerza, su mente logró entrar en el mecanismo de una de las esposas, y siguió allí, en busca de la forma de abrirla.

La puerta se abrió y los piratas entraron.

-Maldición -pensó Hoox, pero antes de que los piratas llegasen, Hoox se concentró en las esposas y dio el paso final para liberar una de sus muñecas.

-¡Ahí están! -dijo un pirata-. ¡Fuego!

Hoox no tuvo tiempo de encender su sable de luz, así que se tiró al suelo. Todos los disparos dieron de lleno en los motores. Empezaron a aparecer chispas y chorros de vapor.

-¿Estáis locos? -dijo Hoox-. ¡Conseguiréis matarnos a todos!

La mayoría de los piratas empezaron a pensarse seriamente si seguir disparando, y Hoox aprovechó ese momento para encender su sable de luz amarillo y cargar contra ellos. Moviendo su sable horizontalmente a la altura de su cintura, logró abatir a tres de un golpe, y herir a un cuarto.

Uno de los piratas era un alienígena de cuatro brazos que llevaba cuatro pistolas bláster. Desde el pasillo, guardando las distancias, disparó cuatro veces contra Hoox, pero éste deflectó los cuatro disparos con su sable de luz, y los redirigió para abatir a dos de los tres piratas que quedaban en pie.

El pirata de cuatro brazos se dio cuenta del problema que

representaba su posición, pero no quiso echarse atrás, y disparó varias ráfagas de tiros con cada uno de sus blásters. Eran tantos disparos, que Hoox no podía permitirse el lujo de dedicar parte de su concentración a redirigirlos; apenas podía pararlos y ellos avanzaban aleatoriamente hacia las paredes.

Hasta que uno de los disparos le dio.

Hoox retrocedió, herido, y se sentó en el suelo, apoyando su espalda en un motor de la nave.

El pirata de cuatro brazos avanzó hacia Hoox, riéndose levemente mientras apuntaba a su indefenso objetivo con dos de sus brazos.

Entonces apareció otro pirata.

Era increíblemente grande. Aunque las puertas estaban preparadas para que entrasen wookiees si hacía falta, este pirata era tan grande que tuvo que agacharse para pasar, y era tan musculoso que apenas cupo por la puerta entrando de lado. Su piel parecía mineral, tal vez metálica, pero carente de todo brillo. Aunque era relativamente bajo para su musculatura, todo él era una masa de músculos hipertrofiados ataviada únicamente con un calzoncillo.

Su minúscula cabeza no tenía cabello en ninguna parte, ni siquiera en las cejas. Su rostro era apenas humanoide, con lo que podía ser su barbilla destacando, y dos aberturas muy pequeñas que seguramente servían de ojos.

El monstruo se fijó en el pirata de cuatro brazos, y levantó una de sus manazas hacia él.

-¡No! -dijo el pirata-. ¡A mí no! ¡Yo estoy de tu bando!

El monstruo no le hizo caso y puso su enorme mano sobre la cabeza del pequeño alienígena. El alienígena, disparó con sus blásters pero, aunque los disparos le daban de lleno, no le causaban ningún efecto.

La mano gigantesca se cerró sobre la cabeza del alienígena, y aún le sobraba espacio. Apretó.

El cuerpo decapitado del alienígena cayó al suelo.

Taigun miró a su alrededor, en busca de más gente viva a la que pudiese matar, y se fijó en la sudorosa Seiza, que tecleaba desesperadamente. Taigun caminó hacia ella, que sólo podía cerrar los ojos desesperada.

La agarró por un hombro y la levantó en vilo.

-Pelea -dijo Taigun.

Seiza intentó coger su sable de luz, pero estaba tan confundida que sus manos no acertaban.

Entonces, Hoox golpeó a Taigun en el estómago con una patada. No fue suficiente para causarle daño, pero sí para llamar su atención.

-Si quieres hacerle daño a ella -dijo Hoox-, antes tendrás que matarme a mí.

-Vale -dijo Taigun, que no razonaba mucho más allá que eso. El titán dejó a Seiza en el suelo, y se fijó a Hoox. Seiza volvió corriendo al ordenador.

Hoox intentó golpear a Taigun en la entrepierna, pero Taigun no sintió nada. Después, Hoox saltó para alcanzar la cara del pirata que era el doble de alto que él, y le golpeó de nuevo. Esta vez, Taigun giró la cabeza un poco hacia un lado.

-Vale -dijo el gigante-. Ahora yo.

Taigun movió su brazo a una velocidad increíble para alguien de su tamaño, y le dio a Hoox la bofetada más fuerte de su vida. El imperial salió volando hasta estrellarse contra una de las paredes de la sala de máquinas.

Taigun se giró entonces hacia Seiza; recordaba vagamente una cadena de acontecimientos consistente en pegarle a Seiza después de pegarle a Hoox.

-¿Es eso todo lo que puedes hacer? -gritó Hoox, intentando ocultar todas sus heridas. Se concentró en ignorar el dolor, y echó a correr hacia Taigun.

Taigun lo agarró y lo estrechó entre sus inmensos brazos. Hoox oía cómo sus costillas empezaban a crujir.

-¡¡¡Yaaaaaaaaaarrrrggggghhh!!! -dijo Hoox.

Luchorpe miró las lecturas de su pantalla. Sabía exactamente qué iba a suceder de un momento a otro.

-Capitán -dijo a Gunjin-, solicito permiso para ir al aseo un momento. El piloto automático puede encargarse de esto en los treinta segundos que tardaré...

-Bueno, vale -aceptó Gunjin.

Luchorpe se acercó a la puerta, y entonces empezó a sonar una alarma. Una luz roja se encendió en el puente. La nave estaba sin control, y se dirigía a un inmenso asteroide en rumbo de colisión.

-¡Luchorpe, vuelva a su puesto! -dijo Gunjin.

Luchorpe empezó a correr en dirección contraria. Gunjin se bajó de su silla y empezó a perseguirle, pero sus zancadas eran mucho más cortas y Luchorpe ya le había sacado ventaja cuando Gunjin llegó a la puerta.

No es que importase; Gunjin sabía hacia dónde se dirigía Luchorpe.

Hacia la cápsula de escape.

Taigun oyó la alarma y se fijó en la luz roja. Soltó repentinamente a Hoox, que cayó al suelo, tosiendo. Después, Taigun se dirigió hacia la puerta.

Seiza se acercó a Hoox, que estaba escupiendo sangre.

-Por todo lo sagrado, Hoox -le dijo ella-, ¿por qué no usaste tu sable de luz?

Hoox tosió sangre un par de veces antes de responder.

-Búscalos, por favor -dijo.

-¿Tu sable? -preguntó Seiza.

Hoox asintió con la cabeza mientras tosía.

-¿Habías perdido tu sable? -preguntó Seiza mientras

empezaba a buscar entre los cuerpos de los piratas.

Hoox asintió de nuevo.

-¿No tenías tu sable y te enfrentaste a ese gigante para protegerme?

Hoox dejó de toser, pero jadeaba entrecortadamente y asintió con la cabeza una vez más.

Seiza encontró el sable de Hoox; se le había caído cuando el pirata de cuatro brazos logró darle, y había rodado por el suelo hasta acabar oculto por la sombra de uno de los cadáveres.

-Lo encontré -dijo Seiza, alzándolo del suelo. Le parecía muy curioso que la empuñadura del sable, en vez de ser de color metálico, como la mayoría, era de color negro. Por otra parte, eso explicaba que no la encontrase.

Seiza se acercó a Hoox, sonriéndole por lo que había hecho por ella, y le colgó el sable del cinturón. Después, puso uno de los brazos de Hoox sobre sus hombros y empezó a cargar con él, dirigiéndose hacia el caza.

Luchorpe estaba a punto de alcanzar la cápsula de escape, pero entonces un disparo le atravesó la espina dorsal por detrás y salió por delante, subiendo diagonalmente.

Gunjin bajó su bláster y echó a correr.

-Lo siento, Luchorpe -pensó Gunjin cuando pasó a su lado-, pero sólo hay una cápsula de escape.

Gunjin alcanzó la cápsula, unos tres metros después del cadáver, y se sentó dentro. Ahora sólo tenía que sellar la entrada y hacerla despegar.

Entonces apareció una pequeña cabeza color mineral.

-¡Hola, Taigun! -dijo Gunjin, sonriendo-. Mira, cabemos los dos en la cápsula de escape.

-No -dijo Taigun. Extendió su inmensa mano y agarró a Gunjin por el cuello como si fuese un gatito-. Enano fuera.

Con un rápido movimiento, Taigun tiró a Gunjin sobre su hombro como quien tira un objeto inservible, y se metió él en la cápsula. Antes de que Gunjin se hubiese puesto en pie, Taigun cerró la escotilla y presionó el botón de lanzamiento.

-¡No, espera! -gritó Gunjin; su rostro no podía verse por la ventanilla-. ¡Taigun, escúchame! ¡Déjame entrar!

-Oigo una voz, pero no sé de dónde viene -pensó Taigun.

Pronto, eso perdió toda importancia porque la cápsula de escape se había separado del "Azote de las Estrellas".

El caza de Seiza y Hoox también se separó del "Azote", instantes antes de que el carguero colisionase contra un asteroide.

Fin del décimo quinto capítulo

CRÉDITOS

Star Wars: In nomine stellaris.

Una publicación independiente de Vanesa Pizarro y Jorge J. Rodríguez
para www.loresdelsith.net y www.sithnet.com

Para contactar con los autores escribe a: in_nomine_stellaris@hotmail.com

© 1999 de los autores.

Star Wars - La Guerra de las Galaxias es © 1977 de George Lucas.

Impreso en España - printed in Spain.